

## **EL MAL HOLANDES INVADE MEXICO**

David Ibarra  
23 de noviembre de 2005

México ha visto impasible cómo su economía se resquebraja o al menos se distorsiona por efecto del llamado mal holandés. Se trata de un término económico acuñado desde el descubrimiento de gas en Holanda (1970) que llevó a la desindustrialización y alentó el consumismo del país, acrecentó las importaciones y frenó las exportaciones, como resultado de influjos masivos de recursos externos y de la revaluación consiguiente de su moneda. Hoy, a ello se suman las altas tasas de interés y la recanalización del crédito de la producción al consumo en México y buena parte de los países latinoamericanos. La historia se repite, la misma enfermedad económica ha afectado a muchos países en muy distintas épocas. Piénsese en los metales preciosos transferidos por América Latina al tesoro español desde el siglo XVI o lo ocurrido en la década de los setentas con los países petroleros.

El profesor Bresser Pereira, reputado economista brasileño, me recordó dicho término que quizás había olvidado de tanto vivirlo como hecho cotidiano de la economía mexicana del último cuarto de siglo. En nuestro país no es una, sino varias las manifestaciones ostensibles del mal holandés, complicadas por los efectos de la liberación comercial y financiera, de los tratados de libre comercio o de la retirada casi completa del Estado de la producción y hasta de la formación de capital.

Tomemos como punto de partida el año de 1993, cuando se acaba de perfeccionar la apertura de fronteras y se celebra el Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos y Canadá.

El primer síntoma, esta vez favorable, reside en el acrecentamiento de las exportaciones de mercaderías que se expanden a razón del 22.4% anual entre 1993 y 1997. Las importaciones desde una base más alta también suben con rapidez pero no a los mismos ritmos (13.8%) por cuanto los patrones de consumo y de importación de insumos todavía no se adaptan por entero a la libertad de compras en el exterior. Sin embargo, los saldos de la balanza comercial siguen siendo negativos hasta que la devaluación de 1995 les cambia el signo. Después, el ritmo de ascenso del comercio exterior comienza a decaer, ahora, con acrecentamiento mayor de las compras externas (8.7% anual 1997-2004) que de las ventas al exterior (7.1%), cuando el proceso de desindustrialización nacional cobra mayor fuerza.

En cualquier caso, la liberalización del comercio aportó recursos que se multiplicaron más de tres veces (1993-2005) y que fueron utilizados principalmente en validar la ampliación, no de la producción propia, sino de las importaciones, con aliento al consumismo y sin solucionar el viejo estrangulamiento de la balanza comercial que sigue reflejando déficit anuales de consideración.

De otro lado, con la abolición de las trabas al flujo de capitales, el país recibió montos considerables de capitales. La inversión extranjera directa acumulada en el período que va de 1993 a junio de 2005, suma 172 mil millones de dólares, cifra enorme, después de casi una década (la de los ochenta) de transferencias negativas del ahorro externo. Sin embargo, pocos de esos flujos, si se exceptúa la maquila, van a ensanchar, fortalecer o diversificar las capacidades productivas nacionales. El grueso de los recursos se destinó a proyectos de privatización de empresas públicas (bancos, seguros, afores, hoteles, comunicaciones) o a la compra de empresas privadas mexicanas (comercio,

servicios financieros, productos metálicos, maquinaria y equipo, productos químicos, alimentos, transporte).

Sin duda las maquiladoras han hecho una contribución significativa a los ingresos recibidos del exterior y al empleo. En términos netos ese sector aportó cerca de 19 mil millones de dólares (2004) a la balanza comercial del país. A su vez, la inversión extranjera acumulada entre 1993 y 2004 precisamente en dichas actividades suma más de 23 mil millones de dólares. Del lado del mercado de trabajo, la maquila ofrece una demanda de ocupaciones que ya rebasa el 1.1 millones de trabajadores. Y, sin embargo, no ha sido posible integrar sus operaciones al resto de la economía. Más que formar parte orgánica del aparato productivo nacional, se trata de un enclave con un régimen fiscal privilegiado que usa pocos insumos nacionales y mano de obra de escasas calificaciones. El valor agregado de las maquiladoras apenas llega al 3% del producto, carece por tanto, de la capacidad de servir de motor de la economía, por más que registre tasas de crecimiento comparativamente más altas en relación a otras actividades.

Las remesas de los trabajadores emigrados se han constituido en otra fuente importantísima de ingresos que mucho contribuyen a reducir la pobreza de los estratos más débiles de la población. Ese mismo fenómeno sirve también para ocultar las fallas estructurales de la producción en la balanza de pagos y, por tanto, facilita que pase desapercibida la hondura del mal holandés. En efecto, los fondos transferidos por los mexicanos residentes en el exterior subieron de 3.6 a 5.3 miles de millones de dólares entre 1993 y 1997 para luego ascender vertiginosamente hasta sumar 17 mil millones en 2004 (18% de incremento anual). Se trata de sumas nada despreciables que representan tres veces las exportaciones agropecuarias o más de una vez y media los ingresos del turismo.

En sentido análogo influye el asenso espectacular de los ingresos petroleros. En el período 1999-2004 las entradas de divisas por ese concepto se incrementaron 138% hasta sumar 21 mil millones de dólares, debido principalmente a la notable elevación reciente de los precios internacionales. Las ventas de crudo no sólo exceden el servicio de la deuda internacional (de 16 mil millones en 2004), sino que representan la vía de escape a la reforma fiscal. En efecto, el gobierno federal recibió (2004) de PEMEX más del 30% (5.2% del producto) de sus ingresos corrientes, es decir, más que toda la recaudación de los impuestos directos de empresas y personas del país (4.5% del producto) o la de los tributos indirectos (5.0% del producto).

La expresión más dramática de la enfermedad holandesa se manifiesta en los resultados del comercio exterior con diversas regiones del mundo. En el año anterior se registró un superávit comercial mayúsculo de 52 mil millones de dólares con los Estados Unidos y Canadá. Sin embargo, la desindustrialización, las deficiencias de los tratados de libre comercio y el consumismo nos llevan a registrar un déficit global de 8.5 miles de millones de dólares. Se pierden 41 mil millones en el intercambio con Asia, casi 15 mil millones con Europa, 2.6 mil millones con América Latina (región con la que se solía tener superávit) y 2.4 miles de millones con otros países. Así, México se ha convertido en cadena trasmisora de la demanda del mercado norteamericano, sin retener beneficios en provecho de sus trabajadores y productores.

Como resultado de la combinación de las políticas neoliberales pasivas y la afluencia extraordinaria de recursos externos, la producción interna se estanca, como también el aporte de la industria al empleo y al crecimiento. La tasa global de desarrollo y de la producción física se reduce a la mitad de compararse los períodos 1950-1980 y 1980-2004. Aun después de la crisis de la deuda en los

ochenta, el ritmo de ascenso del producto entre 1993 y 2004, es sólo del 2.8% y la de las manufacturas del 3.5%, muy por debajo del 6.0% y 7.5%, respectivamente, alcanzados en el período del proteccionismo (1950-1980).

La industria de transformación apenas sostiene una participación en el producto (19%) o en el empleo (17%) entre 1993 y 2004, esto es, ha dejado de lado la función de absorber la mano de obra redundante que hoy sólo encuentra el refugio del sector informal, los servicios o la emigración. La involución productiva se evidencia, además, al observar que las importaciones industriales representan (2004) el 140% del producto manufacturero y, de quitarse la maquila, el saldo comercial negativo de las propias manufacturas alcanza la cifra estratosférica de 44 mil millones de dólares. En más de un sentido, los ingresos netos del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, sirven casi únicamente para financiar lo que en términos de crecimiento se ha dejado de producir o no se ha producido.

Entre episodios devaluatorios (1982, 1987, 1994-1995) el tipo de cambio se ha mantenido sobrevaluado en demérito de los productores y exportadores nacionales. El crédito de la banca comercial y de desarrollo a la producción (agricultura, industria y construcción) se ha desplomado estrepitosamente (más del 50% en términos reales entre 1995 y 2004) para centrarse en el consumo y parcialmente en la vivienda y los servicios. De su lado, las tasas de interés pasivas (recibidas por los ahorradores) registran una reducción importante desde el año 2000, pero ello no ha estado correspondido por rebajas semejantes en las tasas activas (pagadas por los acreditados), varias veces mayores a las internacionales y que, si bien producen altas utilidades bancarias, restringen considerablemente el financiamiento a la producción y a la inversión.

A mayor abundamiento, la política económica sigue dominada por el objetivo --en sí mismo deseable-- de abatir la inflación al punto de que en el último trimestre el alza de precios nacionales ha sido inferior a la norteamericana. En cambio, se han abandonado casi por entero las metas de crecimiento productivo y del empleo. En suma, mientras la buena fortuna nos haga beneficiarios de recursos extraordinarios, persistirá el equilibrio o estancamiento estabilizador del que sólo gozan las clases altas (rentistas nacionales o extranjeras) y nuestros socios comerciales. Conservar esa estabilidad exige que se sigan obteniendo entre 80 mil y 100 mil millones de dólares anuales (superávit del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, remesas de braceros, maquiladoras y sobrepagos petroleros) sujetos en algún grado a factores aleatorios que, a mayor abundamiento, apenas bastan para sostener una reducida tasa de crecimiento del producto (3% anual), insuficiente al propósito de reducir la explosión del empleo informal.

En suma, el mal holandés se agrava, ya importamos en el exterior más de la cuenta, mientras producimos proporcionalmente cada vez menos y derruimos los eslabonamientos internos que, al integrar a las más diversas actividades, son el sostén del desarrollo de la economía. Hay dependencia manifiesta en la continuidad incierta de ingresos sujetos a los vaivenes del ciclo internacional. La situación es riesgosa sobre todo si se deterioran o rompen los alfileres que preservan a la economía de otra crisis o de eventos desfavorables como sería un receso en la demanda norteamericana.